



EL SIGNIFICADO DE UNA RENUNCIA

Que la renuncia de la Ministra de Cultura haya sorprendido a muchos, es más sorprendente que la noticia misma. Para cualquiera que se haya detenido a reflexionar sobre la naturaleza de nuestro sistema y sobre la orientación del actual gobierno, Carmen Naranjo se ubicaba dentro del gabinete del Presidente Oduber como una verdadera anomalía, como una contradicción de conveniencia de la que el gobierno derivaba ventajas de un apoyo leal por parte de los intelectuales y artistas, y del innegable prestigio popular de la Ministra. Todos sabíamos que el sentido de libertad, de entereza y de eficiencia que caracterizan a Carmen Naranjo constituían un desajuste evidente en relación con la tónica general del actual equipo gobernante. Sin ser una "mujer de partido", la brillante Ministra de Cultura encarnaba, mejor que cualquier político, las virtudes de desprendimiento, inteligencia y decoro que el sector mayoritario del Partido Liberación Nacional quisiera ver en todos sus dirigentes (no en vano se dice que los círculos "figueristas", "mongistas" y "garronistas" del PLN la cortejan desde ahora como el mejor candidato posible a la Vicepresidencia de la República) y eso, naturalmente, no le resultaba tolerable a un sector del gobierno, minoritario pero poderoso, al cual le interesaría más sustituir a Carmen Naranjo por una ficha susceptible de prestarse a la soñada pretensión de transformar el Ministerio de Cultura en una simple oficina de propaganda electoral.

Lógicamente, el tiempo que Carmen Naranjo estuvo en el Ministerio fue tiempo prestado, pero su partida produjo un fenómeno que posiblemente no se ha visto nunca antes en Costa Rica: la renuncia de un Ministro dio lugar a manifestaciones espontáneas de apoyo popular que envidiaría el más ambicioso y organizado de los políticos, y el pesar llegó a ser expresado hasta con lágrimas por artistas, obreros e intelectuales de todas las tendencias políticas, prueba de que si a los costarricenses se les puede unir alrededor de algo esto será la sencillez, la lealtad patriótica, la fuerza de carácter y el desinterés que, hasta donde hemos visto entre los dirigentes actuales, sólo esta mujer extraordinaria ha demostrado poseer.

Al despedir a una Ministra incomparable, debemos comenzar a preocuparnos por el futuro de todo lo que ella supo crear y fortalecer: entre otras cosas, el Departamento de Cine, la Compañía Nacional de Teatro, la Orquesta Sinfónica, el Departamento de Publicaciones y, sobre todo, el clima de auténtica libertad que ella, en contraste con el macartismo senescente de otros ministros, supo crear para proteger a la cultura. Su sucesor, don Guido Sáenz, es una garantía de que aún no se ha roto la trinchera de Carmen, pero no sabemos hasta dónde podrá él, que no es político y tampoco hombre del "riñón" del Partido, resistir las presiones que llevaron a la renuncia de la Ministra. Porque, es evidente, lo que molestaba a algunos no era la personalidad —ciertamente encantadora— de la gran novelista y poetisa, sino su concepción de lo que debe ser la cultura en relación con el pueblo. Si Guido Sáenz, como lo esperamos, piensa igual ¿será tolerado? .

En todo caso, el acontecimiento ha tenido algo de positivo: nos ha mostrado, en todo su brillo, la grandeza de una compatriota que nos enorgullece.



TIEMPO DE HOY

LA MINISTRA DEFENDIO NUESTRA CULTURA



Isaac Felipe Azofeifa

La inesperada renuncia irrevocable de la Ministra Naranjo, nos ha puesto a pensar si será de veras cierto lo que intuyen algunos filósofos: que la mujer en el Gobierno y la política vendría a introducir la ética y el humanismo en estas actividades, dominadas hoy por los cínicos y los charlatanes. Pero hay algo más, algo como un tercer elemento en los actos de la Ministra Naranjo: la absoluta fidelidad a su condición de creadora individual de cultura. Estas diáfanas condiciones de la Ministra ponían frente a nosotros un modelo inusitado de vida humana. Quizá sea eso, tan valioso, lo que muchos sintieron que de pronto se les perdía, se iba irremediadamente, cuando corrieron a pedirle que no se fuera, que siguiera defendiendo y dirigiendo la cultura del país.

Carmen Naranjo probó de sobra que no es mujer que vive en actitud seráfica este dramático momento de la vida del mundo, del hombre, de nuestro pueblo. Sus relatos y novelas ya lo muestran así. Y lo vino a confirmar en su función política Leyendo su Mensaje en el Seminario de la Comunicación Colectiva, que vino a ampliar por Televisión la noche del 3 de mayo, uno sabe que ya no podía durar más ocupando el Ministerio de Cultura de un Gobierno que trabaja intimidado por la creciente pugna entre los que han hambre y sed de justicia y la burguesía ciega y satisfecha. ¿Cuál mediocre político de nuestra prostituida democracia se atrevería a hacer y decir cosas como estas? :

"Se ha criticado al Ministerio que dirijo por los programas de Cine, en que hemos expuesto al país de manera honesta y sincera lo que está pasando con la deforestación de los bosques, la realidad nacional en cuanto a la parasitosis y la desnutrición, la situación de la tierra y los grupos marginados, el alcoholismo, la prostitución, las zonas que requieren urgente apoyo social. Se nos ha criticado por introducir la pobreza en los hogares acomodados, que no quieren saber de las poblaciones que no tiene basureros, de las familias que viven en tugurios, de las quemadas inclementes para las limpias de cultivo, del alcoholismo alarmante y creciente en que se centra nuestra cultura. Es cierto que hemos incomodado hasta el cansancio con imágenes que todos tratamos de olvidar. Pero no es cierto que con ello estemos provocando subversión. La subversión se hace diariamente en nuestro país, cuando en los hogares pobres, mental, económica y socialmente, se introducen los patrones de consumo como medios de dignificación, de prestigio y los artículos consuntivos se presentan como una necesidad vital, porque ante la exigencia de obtenerlos, las familias sin recursos, sin alicientes, sólo encuentran el camino de la violencia, del robo, para poseer cosas que aparentemente son tan elementales. Frente a estas necesidades creadas de manera artificial, los mismos programas se encargan de instruir en la enseñanza de cómo violentar nuestra sociedad. La subversión se abona cuando ocultamos verdades que está creciendo y reproduciéndose y reclaman con justicia pronta atención. La subversión se propicia cuando vamos cediendo la independencia de una cultura propia en aras de una cultura ajena, que nos ve y concibe en términos de mercado".

Y esto otro en su mensaje televisado:

"El país está cansado de que lo bueno, lo necesario, frente al interés creado, al negocio lucrativo, se señale de comunista o de fascista. Ya con eso se ha jugado demasiado: son términos resobados. El país entero se da cuenta de que tiene más libertad la Coca-Cola, por citar un ejemplo, de propiciar cualquier programa para vender sus refrescos, sea violento, inculto, vulgar, ofensivo para la dignidad nacional, que un Ministerio de Cultura para difundir una función de teatro, un recital de poemas, una conferencia de interés público, una lección de educación física, un festival juvenil, un testimonio de nuestro folclore, una película de planteamiento valiente sobre los problemas nacionales".

Y se provocó la caída de la Ministra Naranjo. Mientras tanto, en la tradicional palangana costarricense, algún Poncio se lava las manos.